

LOS HIJOS DE LAS TINIEBLAS SON MÁS ASTUTOS QUE LOS HIJOS DE LA LUZ

¿La muerte está venciendo a la vida?

El asesinato de Berta Cáceres, mujer empeñada en defender los derechos del pueblo indígena y su entorno natural, trajo a la memoria a muchos líderes indígenas y pobres asesinados por defender sus recursos naturales. Este hecho ha detonado en la conciencia nacional la crudeza de un problema no resuelto: la inseguridad, la ficción del derecho a la vida, pues al mismo tiempo que se entierra a alguien con rostro y nombre, se asesina a personas anónimas, sin rostro, ni nombre, comunes y corrientes pero cuya vida también es sagrada y valiosa.

Según estudios del Observatorio de la violencia de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras se registraron más de 700 masacres en los últimos seis años, casi todas han quedado en la oscuridad. ¿Será éste el futuro de nuestro país?. ¿Seguiremos enterrando jóvenes, reprimiendo el llanto, consolando víctimas, aumentando impotencias, cargando miedos, llenándonos de inseguridad, encerrándonos en la indiferencia y proclamando la fatalidad de una vida sin salida?.

¿Seguirá siendo un delito defender los recursos naturales y los bienes de los pueblos originarios?. ¿Tendremos que pagar con vidas humanas la custodia de los bienes de la creación, que pertenecen a todos y que unos pocos desean apropiárselos?. ¿Por qué tenemos una sociedad tan violenta? ¿Se estará confirmando el estigma que los hondureños somos violentos? ¿O existen otras explicaciones?.

Estamos pagando el precio por tantos años de corrupción que avalaba la impunidad y se sentía orgullosa de ayudar a la prepotencia de los operadores de la muerte que quebró totalmente el sistema de justicia hasta volverlo inservible, desacreditado, anulado e incapaz de aplicar justicia en el país y abrió el camino para que el crimen penetrara en el gobierno, la policía, la fiscalía, los jueces haciendo que dejara de funcionar el Estado.

Durante muchos años, parte del territorio quedó sin gobierno, sin justicia, sin presencia de las instituciones del Estado, dejando el poder en manos de quienes se aprovecharon del ejercicio de la violencia criminal para atemorizar a la población sembrando el miedo que favoreció la impunidad.

Fuimos permitiendo y hasta admirando a quienes obtienen el pan con el sudor y hasta con la vida del otro y que la riqueza deslumbrante de unos pocos se amasara con el dolor, amargura, sufrimiento, sangre de muchos y que la disfrutaran sin ningún remordimiento ni conciencia del mal ni del daño que hacían.

Aceptamos tranquilamente que es beneficioso pertenecer a una sociedad que privilegia a unos pocos en contra de las mayorías y lamentablemente muchos desean ser parte de los pocos: los corruptos, las personas que pertenecen al crimen organizado y los narcotraficantes. Este modelo impulsa a conseguir privilegios a costillas de muchos.

El afán de poder y de riqueza ha degradado a la sociedad quitando todo respeto por la vida y la dignidad de los demás, instaurando una sociedad dividida y fragmentada, una familia en declive y quitando del horizonte todo sueño de paz y armonía entre la población sustituyéndola por el miedo, el temor, la inseguridad, la desconfianza y la pérdida de credibilidad en el sistema.

La gravedad de la situación es tan alta que con vergüenza tenemos que admitir que la comunidad internacional fija con preocupación su mirada sobre nuestra nación, casi exigiendo un cambio radical de rumbo que lleve a fortalecer las instituciones, pero sobre todo a buscar un modelo de desarrollo que desde la satisfacción de las necesidades colectivas logre la armonía con la naturaleza, con los otros, con nosotros mismos y con Dios.

La población y las circunstancias piden a gritos cuerpos de investigación transparentes, veraces, que con prontitud y apegados a la verdad descubran los hilos ocultos de la maldad. Una policía limpia, sin contubernios con quienes siembran la muerte. Su depuración real y profunda ya no puede esperar más. Es un desafío primordial su profunda transformación para recuperar la credibilidad en los cuerpos policiales como garantes de la seguridad ciudadana.

La idea de un desarme general debe volver al seno y agenda del Congreso. No se pueden tener tantos cuerpos policiales en el país: Policía Nacional, Policía Privada, policías individuales. Cada persona que porta armas pierde el control con la intención de prevenir el crimen sin contar a otras que se dedican a él. Solo el Estado debe portar armas en circunstancias especiales.

El Estado debe dar pruebas fehacientes de ser el principal defensor de los derechos humanos, garantizando la vida de quienes promueven el cuidado de la vida, la defensa de la naturaleza y de un ambiente sano. “La grandeza política se muestra cuando en momentos difíciles se obra por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo” (Laudato Si, no. 178).

Es urgente:

- Que las instituciones públicas cumplan con la labor de prevenir y reprimir el delito, ya que la impunidad genera una cultura de la “imitación”, porque muchos ciudadanos ven el delito rentable y de poco riesgo. El incumplimiento de las leyes favorece una sociedad violenta.
- Generar procesos educativos a largo plazo comenzando por la primera infancia que propicie una cultura de paz, que eduque para la convivencia, el consenso, el dialogo, la búsqueda del bien común, el respeto a la vida y al ambiente.
- La apertura a un dialogo sin oportunismos ni intereses privados ni motivos partidistas, como nos dice el Papa Francisco, un diálogo que una a todos porque los desafíos de seguridad, de justicia, pobreza y ambiente nos interesan e impactan a todos.

Muchos esfuerzos se van intentando para lograr que la seguridad vuelva a la población, que el derecho se imponga, que la impunidad desaparezca, que la vida y los derechos de las personas sean respetados. Los logros aunque pequeños generan esperanza. Sin embargo, tenemos que admitir que el camino para establecer una cultura de paz, defensa de la vida y de la naturaleza es un proceso largo y costoso en vidas y en recursos.

Como pueblo debemos trabajar para establecer una democracia verdaderamente representativa, con líderes políticos que den el ejemplo para construir un modelo ciudadano de convivencia, que impulsen instituciones fuertes, que se dirijan bajo el manto de la ley. Las elecciones de dedo y líderes fabricados artificialmente conducen a la anarquía política, a una convención en una tierra de nadie y donde la ley del más fuerte se impone. Si no hay un cambio de rumbo, los operadores de la muerte serán más astutos que los defensores de la vida.

Tegucigalpa MDC, 11 de Marzo de 2016.

1

THE CHILDREN OF DARKNESS ARE MORE SLY THAN THE CHILDREN OF LIGHT

Is death beating life?

The murder of Berta Cáceres, who was determined to defend indigenous people and their natural environment, brought to mind many leaders of indigenous peoples and of the poor who were murdered for defending their natural environment. This fact has raised in the national consciousness the rawness of an unresolved problem: insecurity, the fiction of the right to life, because while one buries someone with a face and a name, anonymous people are being killed without face, nor name, but whose ordinary life is also sacred and valuable.

According to studies by the Observatory on Violence of the National Autonomous University of Honduras, of more than 700 massacres that were reported in the last six years, almost all have remained unresolved. Is this the future of our country? Will we continue burying the young, fighting back tears, consoling victims, increasing powerlessness, heaping on fears, filling ourselves with insecurity, locking ourselves into indifference and proclaiming the inevitability of a life without escape?

Will it still be a crime to defend the natural resources and property of indigenous people? Will we have to pay in human lives for the custody of the goods of creation that belong to everyone and that a few want to appropriate for themselves? Why do we have such a violent society? Will the stigma that Hondurans are violent be confirmed? Or are there other explanations?

We are paying the price for so many years of corruption that has guaranteed impunity, that was proud to help the arrogance of the purveyors of death, and that completely bankrupt the justice system until it became unusable, discredited, useless and unable to apply justice in the country and paved the way for crime to penetrate the government, police, prosecutors, judges, making the State stop working.

2

For many years, part of the territory remained without a government, without justice, without presence of state institutions, leaving power in the hands of those who took advantage of the exercise of criminal violence to terrorize the population and to spread fear that favored impunity.

We were allowing and even admiring those who obtain bread by the sweat and even with the lives of others and for whom the dazzling wealth of a few is amassed with pain, bitterness, suffering, and the blood of many, that is enjoyed without remorse or awareness of evil or the damage they did.

We accepted with tranquility that it is beneficial to belong to a society that privileges the few against the many, and unfortunately many want to be part of the few: corrupt people who belong

to organized crime and drug traffickers. This model fosters the achieving of privileges at the expense of the many.

The desire for power and wealth has degraded society by removing all respect for life and the dignity of others, establishing a divided and fragmented society and a family in decline, and removing from the horizon all dreams of peace and harmony among the people, substituting fear, insecurity, distrust and loss of credibility in the system.

The gravity of the situation is so high that we have to admit with shame that the international community with concern has fixed its gaze on our nation, almost demanding a radical change of course that will lead to strengthening institutions, but above all to look for a model of development that from the fulfillment of collective needs will achieve harmony with nature, with others, with ourselves and with God.

The population and circumstances cry out for investigative bodies that are transparent, truthful, and which promptly and being attached to the truth may discover the hidden threads of evil. An honest police without collusion with those who sow death. This real and deep cleansing cannot wait any longer. It is a major challenge for transformation to regain credibility so that police forces may be guarantors of public safety.

The idea of a general disarmament should return to the bosom and agenda of the Congress. One cannot have so many police forces in the country: National Police, Private Police, individual policemen. Each person carrying weapons loses control with the intention to prevent crime without counting those others who engage in it. Only the State must carry weapons in special circumstances.

3

The State should give strong evidence of being the principal advocate of human rights, ensuring the life of those who promote care for life, the protection of nature and a healthy environment. "Political greatness is shown when in difficult moments one works for great principles and in thinking in the long - term for the common good" (*Laudato Sí*, no. 178).

It is urgent

- That public institutions fulfill the work of preventing and suppressing crime, since impunity generates a culture of "imitation" because many citizens see crime as profitable and low - risk. Noncompliance with laws fosters a violent society.
- To generate long - term educational processes starting with early childhood that foster a culture of peace, education for coexistence, consensus, dialogue, seeking the common good, respect for life and the environment.
- Opening a dialogue without opportunism nor private interests nor partisan motives, as Pope Francis tells us, a dialogue that unites all because the challenges of security, justice, poverty and environment affect and impact everyone.

Many efforts are being tried to provide that security again returns to the population, that law is imposed, that impunity disappears, that life and the rights of individuals are respected. The achievements, though small, generate hope. However, we must admit that the path to establish a culture of peace, and the defense of life and nature, is a process long and costly in lives and resources.

As a people we must work to establish a democracy that is truly representative, with political leaders that set an example to build a model of citizen coexistence, which promotes strong institutions that are guided by the rule of law. Elections and leaders created artificially lead to political anarchy, to a no man's land where the law of the strongest prevails. Unless there is a change of course, the dealers of death will outsmart the defenders of life.

Tegucigalpa MDC, March 11, 2016.